



Introducción a la semana

Si toda fiesta tiene octava, la fiesta de las fiestas, la de Pascua de Resurrección, ha de tener la octava más solemne. Y así es. No puede haber una fiesta en esta semana que derive la liturgia hacia ella. La Liturgia no se aparta del hecho eje de la Liturgia, y de nuestra vida, la Resurrección del señor. Luego, el tiempo de Pascua se prolongará seis semanas más, pero en este tiempo sí se celebrarán fiestas de santos o de María.

La Palabra de Dios en esta semana está tomada del libro de los Hechos de los apóstoles - primera lectura - y de los diversos episodios de manifestaciones del resucitado a discípulos según los cuatro evangelistas. Los textos evangélicos describen cómo los discípulos van tomando conciencia de la resurrección del Maestro, y los textos de Los Hechos cómo se van formando las primeras comunidades cristianas, en las que se vive y se celebra el triunfo sobre la muerte del condenado a ella. Es la fe en la resurrección del Señor lo que las constituye como comunidad cristiana. Fe que conlleva una profunda convicción que les permite proclamar algo tan absurdo a primera vista, como que el crucificado y muerto a los ojos de todos como un maldito, Dios lo había resucitado y colocado a su derecha como juez universal. No es argumento apodíctico, pero sí da credibilidad al hecho. Es semana para seguir disfrutando con los discípulos de que la causa de Jesús no terminó en la cruz, sino que continúa en las comunidades que se forman en torno a la fe en su presencia resucitada. Y que merece la pena jugarse la vida por proclamarlo.

Lun
28
Mar
2016

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“Por la resurrección de Jesús hemos vencido a la muerte ”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 2, 14. 22-33

El día de Pentecostés, Pedro, poniéndose en pie junto con los Once, levantó su voz y con toda solemnidad declaró: «Judíos y vecinos todos de Jerusalén, enteraos bien y escuchad atentamente mis palabras. Israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús el Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y signos que Dios realizó por medio de él, como vosotros sabéis, a este, entregado conforme el plan que Dios tenía establecido y provisto, lo matasteis, clavándolo a una cruz por manos de hombres inicuos. Pero Dios lo resucitó, librándolo de los dolores de la muerte, por cuanto no era posible que esta lo retuviera bajo su dominio, pues David dice, refiriéndose a él:

“Veía siempre al Señor delante de mí,
pues está a mi derecha para que no vacile.
Por eso se me alegró el corazón,
exultó mi lengua,

y hasta mi carne descansará esperanzada.
Porque no me abandonarás en el lugar de los muertos,
ni dejarás que tu Santo experimente corrupción.

Me has enseñado senderos de vida,
me saciarás de gozo con tu rostro”.

Hermanos, permitidme hablaros con franqueza: el patriarca David murió y lo enterraron, y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy. Pero como era profeta y sabía que Dios “le había jurado con juramento sentar en su trono a un descendiente suyo, previéndolo, habló de la resurrección del Mesías cuando dijo que “no lo abandonará en el lugar de los muertos” y que “su carne no experimentará corrupción”.

A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo he derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo».

Salmo

Sal 15, 1b-2a y 5. 7-8. 9-10. 11 R/. Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.

Yo digo al Señor: «Tú eres mi Dios».

El Señor es el lote de mi heredad y mi copa,
mi suerte está en tu mano. R/.

Benediciré al Señor que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré. R/.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa esperanzada.
Porque no me abandonarás en la región de los muertos
ni dejarás a tu fiel ver la corrupción. R/.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 28, 8-15

En aquel tiempo, las mujeres se marcharon a toda prisa del sepulcro; llenas de miedo y de alegría corrieron a anunciarlo a los discípulos.

De pronto, Jesús salió al encuentro y les dijo:

«Alegraos».

Ellas se acercaron, le abrazaron los pies y se postraron ante él.

Jesús les dijo:

«No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán».

Mientras las mujeres iban de camino, algunos de la guardia fueron a la ciudad y comunicaron a los sumos sacerdotes todo lo ocurrido. Ellos, reunidos con los ancianos, llegaron a un acuerdo y dieron a los soldados una fuerte suma, encargándoles:

«Decid que sus discípulos fueron de noche y robaron el cuerpo mientras vosotros dormíais. Y si esto llega a oídos del gobernados, nosotros nos lo ganaremos y os sacaremos de apuros».

Ellos tomaron el dinero y obraron conforme a las instrucciones. Y esta historia se ha ido difundiendo entre los judíos hasta hoy.

Reflexión del Evangelio de hoy

«Se levantó Pedro con los once»

El acontecimiento de Pentecostés pone en marcha la misión de los discípulos de Jesús, su testimonio y predicación por todo el mundo. En paralelismo con el Bautismo de Jesús en el Jordán, donde da inicio su vida pública, la infusión del Espíritu sobre los Apóstoles significa el tiempo nuevo de las promesas del Señor. Es el bautismo del Espíritu que abre a un nuevo estilo de vida; que da pie a la iniciación de la Iglesia de los creyentes que reciben la vida plena de Jesús. Cristo, muerto, resucitado y exaltado a la diestra del Padre acaba su oba derramando el Espíritu sobre la comunidad apostólica. Esa novedad no puede quedarse oculta y escondida en la intimidad de los elegidos, sino que significa un mensaje de salvación para todo el mundo. Todos pueden entender el discurso de Pedro, su testimonio del Cristo muerto y resucitado que cumple las promesas hechas al Pueblo de Israel y da inicio al verdadero tiempo mesiánico.

Pentecostés inaugura el tiempo de la Iglesia, la realización del Reino de Dios para todos los hombres. Los creyentes, en nuestro discurrir en este mundo al encuentro definitivo de Dios, tenemos también la presencia y la fuerza permanente del Espíritu de Jesús que afianza nuestra fe, fortalece nuestra esperanza, alimenta nuestra caridad y nos empuja a una predicación comprometida para la salvación de este mundo redimido por el Señor. Somos vehículo de salvación cuando trasmitimos el amor y la misericordia de Dios con nuestro testimonio y nuestras obras.

«Ellas, acercándose, asieron sus pies y se postraron ante él»

Es a partir de la experiencia del Cristo resucitado donde surge la confianza y la entrega a Jesús. El sepulcro vacío está lleno de la presencia de Dios que ha resucitado a Jesús y manda a sus Ángeles para preparar esa nueva «venida». Una venida que sucede en el camino, en la orilla del mar, en el interior de la casa donde se han recogido sus apóstoles... Jesús aparece en cualquier sitio y se hace conocer por sus discípulos. Es la experiencia del Cristo Resucitado, del Jesús Salvador que ha convivido con ellos y les ha ido preparando y enseñando el Reino del Padre. Una nueva forma de ser y vivir en la presencia de Dios. Y esa aparición de Jesús provoca la adoración, la postración a los pies de Jesús, el anonadamiento de la propia vida en función de la voluntad de Jesús.

Nosotros también somos partícipes por la comunión de fe de esa experiencia de resurrección. Y esa vivencia íntima y profunda debe llevarnos a la postración ante el Señor, pero también a la alegría y entusiasmo de salir a compartir la salvación y la misericordia que viene de Dios. Y también, como los sacerdotes y los ancianos judíos, tenemos la tentación de comprar el silencio de lo que nos resulta molesto y comprometedor. Igual es preferible ocultar esa presencia salvífica que nos insta a ser sus testigos por todo el mundo, y vivir en la racanería de la ley y el culto, de la rutina de cada día descarnada de entusiasmo y cercanía con los sencillos y necesitados.

No podemos olvidar ese rostro de Dios que nos llama a la misericordia, tal como nos exhortaba el Papa Francisco en su carta cuaresmal, y nos invitaba a predicar al resucitado cumpliendo las obras de misericordia; llevándolas a cabo en nuestro vivir cotidiano. La experiencia de Jesús vivo, que ha vencido el pecado y la muerte, debe significar para nosotros la superación de las limitaciones temporales de este mundo. Transmitamos el rostro glorificado de Dios que nos invita a luchar por un mundo renacido en su gracia y con su Espíritu.

¿Somos conscientes de que si hemos resucitado con Cristo, también nosotros tenemos que participar y transmitir esa vida nueva en nuestro entorno? Como dice Pablo, resucitados con Cristo renunciamos al hombre viejo para hacernos Uno con Cristo en una nueva vida.



D. Oscar Salazar, O.P.

Fraternidad de Laicos Dominicos de San Martín de Porres (Madrid)

Mar
29
Mar
2016

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro.”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 2, 36-41

El día de Pentecostés, decía Pedro a los judíos:

«Con toda seguridad conozca toda la casa de Israel que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías».

Al oír esto, se les traspasó el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles:

«¿Qué tenemos que hacer, hermanos?».

Pedro les contestó:

«Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque la promesa vale para vosotros y para vuestros hijos, y para los que están lejos, para cuantos llamare a sí el Señor Dios nuestro».

Con estas y otras muchas razones dio testimonio y los exhortaba diciendo:

«Salvaos de esta generación perversa».

Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día fueron agregadas unas tres mil personas.

Salmo

Sal 32, 4-5. 18-19. 20 y 22 R/. La misericordia del Señor llena la tierra

La palabra del Señor es sincera,
y todas sus acciones son leales;
él ama la justicia y el derecho,
y su misericordia llena la tierra. R/.

Los ojos del Señor están puestos en quien lo teme,
en los que estieran su misericordia,
para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre. R/.

Nosotros aguardamos al Señor:

él es nuestro auxilio y escudo.

Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 11-18

En aquel tiempo, estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan:
«Mujer, ¿por qué lloras?».
Ella contesta:
«Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto».
Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús.
Jesús le dice:
«Mujer, ¿por qué lloras?».
Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta:
«Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré».
Jesús le dice:
«¡María!».
Ella se vuelve y le dice.
«¡Rabbuní!», que significa: «¡Maestro!».
Jesús le dice:
«No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, ande, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”».
María la Magdalena fue y anunció a los discípulos:
«He visto al Señor y ha dicho esto».

Reflexión del Evangelio de hoy

¿Qué tenemos que hacer, hermanos?

Estamos al final de la segunda parte del largo discurso pronunciado por Pedro, después de Pentecostés. La intervención del Apóstol recuerda a la de Jesús en la sinagoga de Nazaret. Jesús tras recibir el Espíritu Santo durante su bautismo en el Jordán (Lc 3,21-22), pronunció un discurso en la sinagoga que marcaría toda su actuación a lo largo del tercer Evangelio. De modo análogo, Pedro tras recibir el Espíritu Santo en Pentecostés, también pronuncia un sermón que prelude la valentía con que los Apóstoles se lanzaron a la aventura de proclamar el Evangelio. Este discurso pretende abrir el alma del auditorio a la gracia que supone la incorporación a la iglesia.

Una vez desvelada la identidad de Jesús resucitado a quién Dios ha constituido en Señor y Mesías, el discurso parece calar en el corazón de los judíos, que preguntan a Pedro ¿Qué tenemos que hacer, hermanos?. El Apóstol les insta a la conversión, es decir, cambiar de vida, arrepentirse y adherirse a Jesucristo. La recepción del bautismo en nombre de Jesucristo para el perdón de los pecados y el don del Espíritu establece una nueva relación entre Cristo y los que se han incorporado a su persona. Su promesa es para todos.

Esta lectura de hoy nos recuerda elementos esenciales de la vida cristiana: la necesidad de que nuestra predicación esté centrada en Cristo, el estar abiertos al Espíritu para ser profetas y testigos del Señor resucitado; y bautizarnos para pertenecer a ese pueblo de Dios llamado a vivir la justicia a través de la fraternidad y la misericordia.

Mujer, ¿a quién buscas?

Para muchos autores el capítulo 20 del evangelio según San Juan es una catequesis sobre la resurrección de Jesús. Los primeros versículos comienzan con la tumba vacía. Simón Pedro y el discípulo amado a instancias de María Magdalena han comprobado el hecho, y ya han regresado a casa. María, en cambio permanece fuera del sepulcro, llorando. El motivo de la tristeza de María es debido a la radical ausencia de su Señor: no solamente que Jesús ha muerto, sino que también su cuerpo ha desaparecido. Así se lo comunica a los ángeles que se convierten en testigos de todo lo que va a suceder.

María Magdalena está en búsqueda y el encuentro con Cristo constituye para ella una nueva visión. La aparición a María Magdalena ha sido relacionada, a menudo, con el texto del Cantar 3,1-4, “En mi lecho, por las noches, he buscado al amor de mi alma. Le busqué y no le hallé... cuando encontré al amor de mi alma. Le aprehendí y no le soltaré”. Si quiere ver al Maestro, María debe volverse, debe apartar la vista de la tumba como el lugar de la muerte. Aún así, no lo reconoce. El Resucitado le plantea dos cuestiones. A la pregunta ¿por qué lloras? le sigue otra más profunda ¿Qué buscas?. La discípula está a la búsqueda de aquél que ha perdido, trata de encontrar el lugar en el que su Señor reposa. El reconocimiento de Jesús se realiza por medio de la palabra: María. No se trata de un hecho casual, en la tradición semítica el nombre expresa la identidad fundamental de la persona. Porque María es reconocida en su verdadera identidad, puede ella reconocer a Cristo.

El encuentro entre Jesús resucitado y María trae consigo una prohibición: no me toques. María debe aceptar su marcha para que pueda ser percibido en su identidad pascual. Ella recibe además una misión: vete a mis hermanos a anunciarles la buena noticia de la Pascua. Junto a lo anterior, también tiene un mensaje que transmitir de parte del Señor: subo a mi Padre. El camino de la encarnación ha llegado a su fin. Cristo continúa viniendo a los suyos por el medio del Espíritu. María Magdalena simboliza así la actitud de todo creyente. ¿Soy capaz de reconocer a Jesús Resucitado como el Dios de la Vida en plenitud?



Mié
30
Mar
2016

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“Le reconocieron al partir el pan ”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 3, 1-10

En aquellos días, Pedro y Juan subían al templo, a la oración de la hora nona, cuando vieron traer a cuestas a un lisiado de nacimiento. Solían colocarlo todos los días en la puerta del templo llamada «Hermosa, para que pidiera limosna a los que entraban. Al ver entrar en el templo a Pedro y a Juan, les pidió limosna. Pedro, con Juan a su lado, se quedó mirándolo y le dijo:

«Míranos».

Clavó los ojos en ellos, esperando que le darían algo. Pero Pedro le dijo:

«No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda».

Y agarrándolo de la mano derecha lo incorporó. Al instante se le fortalecieron los pies y los tobillos, se puso en pie de un salto, echó a andar y entró con ellos en el templo por su pie, dando brincos y alabando a Dios. Todo el pueblo lo vio andando y alabando a Dios, y, al caer en la cuenta de que era el mismo que pedía limosna sentado en la puerta Hermosa del templo, quedaron estupefactos y desconcertados ante lo que le había sucedido.

Salmo

Sal 104, 1-2. 3-4. 6-7. 8-9 R/. Que se alegren los que buscan al Señor

Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
dad a conocer sus hazañas todos los pueblos.

Cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas. R/.

Gloriaos de su nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor.

Recurrid al Señor y a su poder,
buscad continuamente su rostro. R/.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo;

hijos de Jacob, su elegido!

El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra. R/.

Se acuerda de su alianza eternamente,
de la palabra dada, por mil generaciones;
de la alianza sellada con Abrahán,
del juramento hecho a Isaac. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 24, 13-35

Aquel mismo día, el primero de la semana, dos de los discípulos de Jesús iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos setenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo:

«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?».

Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió:

«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado estos días?».

Él les dijo:

«¿Qué».
Ellos le contestaron:
«Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron».
Entonces él les dijo:
«¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria».
Y, comenzado por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo:
«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída».
Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista.
Y se dijeron el uno al otro:
«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?».
Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo:
«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón».
Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Reflexión del Evangelio de hoy

Emaús, Cleofás, “el otro” y Jesús

Emaús, el del Evangelio, al que se dirigían Cleofás y “el otro”, está cerca de Jerusalén, a unos 11 km más o menos; el nuestro, al que, quizá sin darnos cuenta, nos dirigimos a la caída de muchas tardes, cada uno sabe lo que dista y, sobre todo, lo que cuesta recorrer el camino. El hecho es que todos estamos de camino, todos somos “viatores”, todos habíamos soñado y todos, en algún momento –o en bastantes- nos sentimos decepcionados.

En el fondo, ¡ojalá en la forma, también!, cómo nos parecemos todos a Cleofás y “al otro”. Ellos y nosotros tuvimos esperanza, y, por ella, seguimos contentos al Maestro. Pero, el Maestro acabó como acabó; y lo que nosotros creíamos que iba a pasar, no llega. Quizá porque hemos olvidado que “los caminos de Dios no son nuestros caminos, ni sus planes los nuestros, nos hemos desfondado y nos vemos reflejados en la conversación que tenían aquellos discípulos al salir de Jerusalén hacia Emaús.

¿Qué hubiera sucedido con aquellos hombres si no hubieran hecho caso de aquel forastero que iba por el mismo camino que ellos? Argumentos había: estaba oscureciendo y no lo conocían.

Prevaleció la bondad y la fraternidad, y fue el comienzo de su salvación. ¿Qué hubiera sucedido si al llegar al pueblo, y hacer el forastero ademán de seguir adelante, lo hubieran despedido educadamente, “dándole incluso una tarjeta con la dirección” –nunca se sabe-? Pues que lo hubieran estropeado todo. Pero, volvió a prevalecer la ley de la hospitalidad. Y aquello los salvó ya definitivamente. Porque, a partir de entonces –como en la última parte del camino- la iniciativa la tuvo Jesús.

Escrituras y Fracción del Pan

¿Las Escrituras? “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?”

¿La Eucaristía? “Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron”.

Sí, al final, aquellos discípulos se convencieron de la Resurrección por los mismos medios que podemos tener nosotros: las Escrituras y la Eucaristía. De otra forma, la presencia de Jesús, la presencia de Dios, pasa inadvertida para la persona humana.

Lo importante es que, como ellos, hoy, aquí y ahora nos echemos al camino e invitemos a Jesús –aunque parezca disfrazado- a explicarnos el sentido de nuestra vida y a partir y compartir, luego, el pan. La fe ya siempre será Palabra y Sacramento. Y, además, cosa de varios, comunidad, en la que nos sintamos tan a gusto que, aunque el mundo lo ignore, gocemos y cantemos que él ha resucitado, que está vivo. Y que, por él, también nosotros resucitaremos.

En medio de la confusión que, con frecuencia nos invade, ¿qué hacer para captar más fácilmente la presencia prometida de Jesús?

¿A quién pueden acudir hoy los buscadores de Jesús, los necesitados de esperanza, los “discípulos” de Cleofás y el otro?



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Jue
31
Mar
2016

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“Se presenta Jesús en medio de ellos”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 3, 11-26

En aquellos días, mientras el paralítico curado seguía aún con Pedro y Juan, todo el pueblo, asombrado, acudió corriendo al pórtico llamado de Salomón, donde estaban ellos.

Al verlo, Pedro dirigió la palabra a la gente:

«Israelitas, ¿por qué os admiráis de esto? ¿Por qué nos miráis como si hubiéramos hecho andar a este con nuestro propio poder o virtud? El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, al que vosotros entregasteis y de quien renegasteis ante Pilato, cuando había decidido soltarlo.

Vosotros renegasteis del Santo y del Justo, y pedisteis el indulto de un asesino; matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello.

Por la fe en su nombre, este, que veis aquí y que conocéis, ha recobrado el vigor por medio de su nombre; la fe que viene por medio de él le ha restituido completamente la salud, a la vista de todos vosotros.

Ahora bien, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia, al igual que vuestras autoridades; pero Dios cumplió de esta manera lo que había predicho por los profetas, que su Mesías tenía que padecer.

Por tanto, arrepentíos y convertíos, para que se borren vuestros pecados; para que vengan tiempos de consuelo de parte de Dios, y envíe a Jesús, el Mesías que os estaba destinado, al que debe recibir el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de la que Dios habló desde antiguo por boca de sus santos profetas.

Moisés dijo: “El Señor Dios vuestro hará surgir de entre vuestros hermanos un profeta como yo: escuchadle todo lo que os diga; y quien no escuche a ese profeta será excluido del pueblo”. Y, desde Samuel en adelante, todos los profetas que hablaron anunciaron también estos días.

Vosotros sois los hijos de los profetas, los hijos de la alianza que hizo Dios con vuestros padres, cuando le dijo a Abrahán: “En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra”. Dios resucitó a su Siervo y os lo envía en primer lugar a vosotros para que os traiga la bendición, apartándoos a cada uno de vuestras maldades».

Salmo

Sal 8, 2a y 5. 6-7. 8-9 R/. ¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

Señor, Dios nuestro,

¿qué es el hombre para que te acuerdes de él,
el ser humano, para mirar por él? R/.

Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
le diste el mando sobre las obras de tus manos.
Todo lo sometiste bajo sus pies. R/.

Rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
las aves del cielo, los peces del mar,
que trazan sendas por el mar. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 24, 35-48

En aquel tiempo, los discípulos de Jesús contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dice:

«Paz a vosotros».

Pero ellos, aterrorizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu.

Y él les dijo:

«¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo».

Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: «¿Tenéis ahí algo de comer?».

Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos.

Y les dijo:

«Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí».

Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras.

Y les dijo:

«Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto».

Reflexión del Evangelio de hoy

El autor de la vida sigue dando vida

Hay ocasiones en que Jesucristo no puede hacer milagros por la falta de fe. Al autor de la vida, al Verbo encarnado, la falta de fe "le ata las manos", no le permite obrar sus maravillas entre nosotros. Es la fe de María la que le deja encarnarse en su seno, es la fe del paralítico la que le permite obrar en él la salud. Sin embargo la omnipotente misericordia de Dios no tiene límites, ante la incredulidad, busca rendijas por donde entrar y abarcar nuestro pobre corazón humano. Cuando aún no puede entrar en él, nos excusa con la benevolencia de un Padre amante de sus hijos: obran así "por ignorancia". Él no se cansa nunca, exhorta al arrepentimiento y a la conversión. Intenta convencer con argumentos que somos capaces de entender, en este caso con el testimonio del Antiguo Testamento, la ley y los profetas.

La curación del paralítico es el signo que emplea para que abramos el corazón a una confianza ilimitada en su amor que lo puede todo, puede sanarnos de cualquier enfermedad...Es el Único que puede entrar a nuestras vidas desde dentro, rehacerlas desde donde están las mismas heridas y hacer de lo que era causa de nuestra tristeza, la causa de nuestra alegría. La parálisis, que era el motivo de su mendicidad, se convierte en lugar del encuentro de encuentro con el Salvador que en adelante será su riqueza, su gozo y su libertad.

¡Ábrenos el entendimiento!

Jesús resucitado se aparece a sus apóstoles ofreciéndoles su paz. Él está vivo en medio de ellos, sin embargo sus entendimientos están cerrados no pueden acoger lo que les quiere brindar. Temen, dudan, no le reconocen. Nos pasa lo mismo que a ellos; Él está con nosotros en sus sacramentos, en su Palabra, en los hermanos y muy especialmente en los pobres, y seguimos sin darnos cuenta que ¡es El Señor! Nuestro consuelo es que él sabe de los embotamientos de nuestro entendimiento, sabe que el miedo y la duda pueden llegar a cegar el alma y a no permitirle ver más allá de lo que siente. Sabe que nos ha hecho de tal manera que nuestro corazón está inquieto hasta que no descansa en Él. Por eso va "apareciéndose", quebrantando nuestra sordera, curando nuestra ceguera, capacitándonos para encontrarle en lo cotidiano, en lo que cada uno vive, y sobre todo rehaciéndonos por dentro, guiándonos hasta que le lleguemos a encontrar siempre vivo y vivificante en vuestro más profundo centro, en el sagrario del propio corazón. Allí es Él el manantial de la paz que nada ni nadie puede quitarnos. Lo hizo con los apóstoles, lo hizo con Agustín ¿Creemos realmente que puede hacerlo con nosotros...?



Monjas Dominicanas Contemplativas
Monasterio Stma. Trinidad y Sta. Lucía (Orihuela)

Vie
1
Abr
2016

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

"En nombre de Jesucristo Nazareno "

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 4, 1-12

En aquellos días, mientras Pedro y Juan hablaban al pueblo, después de que el paralítico fuese sanado, se les presentaron los sacerdotes, el jefe de la guardia del templo y los saduceos, indignados de que enseñaran al pueblo y anunciaran en Jesús la resurrección de los muertos. Los apresaron y los metieron en la cárcel hasta el día siguiente, pues ya era tarde. Muchos de los que habían oído el discurso creyeron; eran unos cinco mil hombres. Al día siguiente, se reunieron en Jerusalén los jefes del pueblo, los ancianos y los escribas, junto con el sumo sacerdote Anás, y con Caifás y Alejandro, y los demás que eran familia de sumos sacerdotes, hicieron comparecer en medio de ellos a Pedro y a Juan y se pusieron a interrogarlos: «¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho eso vosotros?». Entonces Pedro, lleno de Espíritu Santo, les dijo: «Jefes del pueblo y ancianos: Porque le hemos hecho un favor a un enfermo, nos interrogáis hoy para averiguar qué poder ha curado a ese hombre; quede bien claro a todos vosotros y a todo Israel que ha sido el Nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por este Nombre, se presenta este sano ante vosotros. Él es “la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular”; no hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos».

Salmo

Sal 117, 1-2 y 4. 22-24. 25-27a R/. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia.
Digan los fieles del Señor:
eterna es su misericordia. R/.

La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.
Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente.
Éste es el día que hizo el Señor:
sea nuestra alegría y nuestro gozo. R/.

Señor, danos la salvación;
Señor, danos prosperidad.
Bendito el que viene en nombre del Señor,
os bendecimos desde la casa del Señor;
el Señor es Dios, él nos ilumina. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 21, 1-14

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, apodado el Mellizo; Natanael, el de Caná de Galilea; los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: «Me voy a pescar». Ellos contestan: «Vamos también nosotros contigo». Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?». Ellos contestaron: «No». Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: «Es el Señor». Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger». Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y

aunque eran tantos, no se rompió la red.

Jesús les dice:

«Vamos, almorzad».

Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor.

Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado.

Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitar de entre los muertos.

Reflexión del Evangelio de hoy

“En nombre de Jesucristo Nazareno”

Pregunta importante la que le hicieron a Pedro y a Juan las autoridades religiosas de entonces, ante su predicación al pueblo y la curación de un tullido: *“¿Con qué poder y en nombre de quién habéis hecho eso?”* Pedro, que fue el que respondió en nombre de los dos, lo tenía claro después de haber convivido intensamente tres años con Jesús, después de haberle negado y después confesado, después de haberle visto resucitado, después de haberle oído decir: *“Id y predicad el evangelio a toda creatura”*: *“En nombre de Jesucristo Nazareno”*. Y *“lleno del Espíritu Santo”* fue capaz de decirles algo que no le habían preguntado: *“a quien vosotros crucificasteis”*.

Esa misma pregunta nos la podemos hacer nosotros, cristianos de 2016: ¿En nombre de quién hacemos todo lo que hacemos? En realidad todo seguidor de Jesús, sea del siglo I, del siglo XIII, del siglo XXI, aunque las circunstancias sociales sean distintas... respondemos igual: *“En nombre de Jesucristo Nazareno”*. Jesús es el que nos impulsa a hacer todo lo que hacemos: amar, perdonar, luchar por la justicia, descansar, evangelizar, decir la verdad... es el manantial de vida donde bebemos para seguir sus pasos, porque nos ha convencido que es la mejor manera de vivir y de llegar a la resurrección a una vida de total felicidad. Y, porque, a veces, las fuerzas nos pueden flaquear, en cada eucaristía vuelve a salir a nuestro encuentro y nos alimenta con su cuerpo entregado y su sangre derramada.

“Es el Señor”

En el lago de Tiberíades, con otra pesca milagrosa, Pedro vuelve a descubrir que Jesús es el Señor, ahora resucitado. Le vuelve a descubrir, ahora con más serenidad y más intensidad, como el que tiene palabras de vida eterna, como el que hace promesas que nadie puede hacer para esta vida y la otra y las cumple, como el que ha muerto y resucitado... vuelve a caer en la cuenta con más fuerza que Jesús es el Hijo de Dios, su único Maestro.

Todos los cristianos tenemos la misma experiencia. Un día, después de que Jesús salió a nuestro encuentro, con su ayuda, le descubrimos como el único Señor de nuestra vida. Por eso, cuando nos pidió que le siguiésemos, fascinados por su luz y su amor, le dijimos: *“Te seguiré donde quiera que vayas”*.

Pero esa experiencia, lo mismo que le pasó a Pedro, la hemos tenido que ir renovando y retocando. Hay circunstancias personales, a veces gozosas, a veces dolorosas, en las que Jesús, saliendo de nuevo a nuestro encuentro, nos hace exclamar desde lo más hondo de nuestro corazón: *“Es el Señor”*. Y, dichosos, le volvemos a rendir toda nuestra persona y le pedimos que no nos deje de su mano, que nos acompañe siempre para que la ilusión, la esperanza, el gozo de vivir sean el pan nuestro de cada día.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Sáb
2
Abr
2016

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“Predicad el evangelio a toda la creación”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 4, 13-21

En aquellos días, los jefes del pueblo, los ancianos y los escribas, viendo la seguridad de Pedro y Juan, y notando que eran hombres sin letras ni instrucción, estaban sorprendidos. Reconocían que habían sido compañeros de Jesús, pero, viendo de pie junto a ellos al hombre que había sido curado, no encontraban respuesta. Les mandaron salir fuera del Sanedrín y se pusieron a deliberar entre ellos, diciendo:

«¿Qué haremos con estos hombres? Es evidente que todo Jerusalén conoce el milagro realizado por ellos, no podemos negarlo; pero, para evitar que se siga divulgando, les prohibiremos con amenazas que vuelvan a hablar a nadie de ese

nombre».

Y habiéndolos llamado, les prohibieron severamente predicar y enseñar en el nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan les replicaron diciendo:

«¿Es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a él? Juzgado vosotros. Por nuestra parte no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído».

Pero ellos, repitiendo la prohibición, los soltaron, sin encontrar la manera de castigarlos a causa del pueblo, porque todos daban gloria a Dios por lo sucedido.

Salmo

Sal 117, 1 y 14-15. 16-18. 19-21 R/. Te doy gracias, Señor, porque me escuchaste

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

El Señor es mi fuerza y mi energía,
él es mi salvación.

Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos R/.

«La diestra del Señor es poderosa.

La diestra del Señor es excelsa».

No he de morir, viviré

para contar las hazañas del Señor.

Me castigó, me castigó el Señor,

pero no me entregó a la muerte. R/.

Abridme las puertas de la salvación,

y entraré para dar gracias al Señor.

Esta es la puerta del Señor:

los vencedores entrarán por ella.

Te doy gracias porque me escuchaste

y fuiste mi salvación. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 16, 9-15

Jesús, resucitado al amanecer del primer día de la semana, se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios. Ella fue a anunciárselo a sus compañeros, que estaban de duelo y llorando.

Ellos, al oírle decir que estaba vivo y que lo había visto, no la creyeron.

Después se apareció en figura de otro a dos de ellos que iban caminando al campo.

También ellos fueron a anunciarlo a los demás, pero no los creyeron.

Por último, se apareció Jesús a los Once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado.

Y les dijo:

«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación».

Reflexión del Evangelio de hoy

El pueblo daba gloria a Dios por lo sucedido

Pedro y Juan se ocupan de confesar a Cristo como Salvador, y el único mediador válido entre los hombres y Dios.

Predicar tal declaración no les fue nunca fácil, como no lo ha sido a lo largo de la vida del Pueblo de Dios en la historia; entonces, con la persecución inicial de los judíos, más tarde con la inquina de los poderes de este mundo. Pero estos dos apóstoles no se arredran ante tanta amenaza y acoso, hasta el punto que sus perseguidores se asombran de cómo ante su evidente inferioridad pueden acreditar tanta fuerza y coherencia. Los apóstoles no entran en polémicas ni se dejan intimidar ante los poderes de este mundo, pero no escatiman energías para proclamar con atractiva firmeza su obediencia a Dios antes que a los hombres. Tenían muy fresco el vaticinio del Maestro sobre la inminente persecución en la que no les faltaría la fuerza irresistible del Espíritu, la causa de su valiente descaro para dar testimonio de Cristo Jesús allá donde fuere preciso. Es la otra cara del signo salvador: no solo libra de la enfermedad el Señor, sino que es la única razón de la valentía que ostentan los evangelizadores en su comprometida predicación.

Predicad el evangelio a toda la creación

El remate canónico de Marcos cierra su evangelio en el que, con palabras concisas el Resucitado envía a los discípulos a predicar el Evangelio a todo el mundo. El texto alude a tres apariciones, tres presencias que tratan de levantar el ánimo a una comunidad un tanto decepcionada porque no acaba de entender nada de lo que está acaeciendo. Del decaimiento, expresión de incredulidad, se pasa por el envío del Señor, al alegre seguimiento, porque no se rechaza ni la cruz ni los deberes que se ponen de relieve tras la resurrección. Hay que llevar la Buena Noticia al mundo entero, a

toda criatura para que todos tengan la inigualable oportunidad de saberse hijos de un Dios que se complace en su hijo Jesús y que nos asume todos los hombres como lo mejor de su corazón. El camino de la fe queda abierto porque la palabra que salva, la que dice lisuras de un Dios de los hombres y para los hombres es el mejor espejo donde las criaturas vemos nuestra dignidad y condición, y con los mejores colores posibles.

¿Crees que lo religiosamente correcto resta eficacia a la predicación de la Palabra?

¿Predicación de mantenimiento o misionera?



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

El día **3 de Abril de 2016** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).